

vicciones; de otra, una mansedumbre ejemplar, una devoción conmovedora en el servicio de los músicos que ha interpretado. De analizar ambos contrastes psicológicos, tal vez arribáramos a la conclusión de que el estrato más hondo, básico, de Toscanini haya sido el amor a la verdad.

Creo que es desde este prisma de amor apasionado por la verdad desde el que hay que entender a Toscanini. De ahí seguramente esa coletilla insípida que se le cuelga en los diccionarios: «Es un director e intérprete objetivo».

Dios nos dé siempre «directores e intérpretes objetivos», porque de ellos sale la música «como es», como debe ser. Pero eso sólo lo puede hacer el artista que «ama la verdad». Desgraciadamente, hace falta mucha impersonalidad (es decir, fusión de la personalidad propia, anulación de las maneras personales de sentir y entender) para que la partitura con que se encara el intérprete aparezca *como es*. Por el contrario, el intérprete «subjetivo», ese intérprete que hizo llorar a tantos públicos de principio de siglo, es, a fin de cuentas, un falsificador poco saludable para la historia de la música.

Cuando uno piensa que Toscanini dirigía ya en Río de Janeiro el año 1886, en plena era del «subjetivismo» más o menos romántico y que tal vez entonces ya dirigía objetivamente, o sea con amor a la verdad, uno empieza a sentir que Toscanini es realmente un genio. Algunos restos de ese naufragio de la interpretación subjetiva han llegado a nuestros días. Pongamos por caso los «subjetivismos» de Paderewski. Nada más irrespetuoso. Sin embargo, no tenemos noticia de que Paderewski llamara asesino a nadie.

Tal vez la más alta virtud de Toscanini intérprete se manifieste cuando consigue permanecer incoloro. Hoy día, cuando los públicos empiezan a saber Historia de la Música, porque la Historia de la Música existe, podemos ya decir que el mejor intérprete es aquel que deja pasar sin perturbarla la personalidad del autor que interpreta. De esa forma, el Beethoven de Toscanini ha podido ser, probablemente, el Beethoven más real, más *verídicamente* narrado. No es fácil acordarse de Toscanini cuando se oye su Beethoven, como no es fácil acordarse del agua de un lago cuando refleja quietamente. Beethoven fluye real, con una presencia palpante, resurrecta. Y esto es así porque el intérprete, seducido por relatar la verdad de la partitura, se ha disuelto, se ha escapado de su personalidad, para enfrentarse con la de Beethoven. O, mejor dicho, para ser Beethoven.

Los demás detalles de la vida de Toscanini son accesorios. Que nació en Parma el 25 de marzo de 1867 y que era hijo de un sastre, sin que nadie en su familia manifestara nunca afición a la música. Que siempre ha tenido una memoria de monstruo, hasta el punto de aprenderse una partitura con una sola lectura, y que cuando Italia estuvo en guerra con Alemania, se negó a tocar música de este último país. No se puede imaginar un sacrificio mayor para Toscanini que esta negativa. Tal vez por eso le dedicó a Wagner ese programa con que al frente de la Orquesta Sinfónica de la National Broadcasting Company se despidió de la dirección, en abril último.

¿Habría sido objetiva también esta última interpretación?